

Art. 3.º Para ser electo se necesita haber sido condenado a ninguna infamia de ciudadanía. Por tanto, dando se imprime, publicarse y observar. Mexico, Febrero de 1861. Zarco.

PRENSA DE ESTAS.

EL C. MANUEL BERNAL SOTO. Tel. Enero 25 1861.

El día 21 del corriente tomé posesion del gobierno del Estado en una méstita verdaderamente republicana. Las autoridades y gefes superiores de las oficinas de la guarnicion, lo felicitaron por su abito al poder, y S. E. contestó en finios elogios, y ofreció contribuir a la tranquilidad del Estado sus talentos, de cuantos discursos pudo recoger. Sr. sub-prefecto D. Manuel Somera y Pineda. Exmo. Sr.—Después de largo período de treina y dos dias, que esta interesante parte de la República ha permanecido en fuerza de una situación excepcional, vemos por fin realizados nuestros deseos, de que se establezca en el Estado de México un gobierno justo y enérgico, que con sus acertadas y legales providencias, demuestre prácticamente, que la luz sangrienta sostenida por tres años, no ha sido mas objeto que el recobro de la moral, y la restauracion del verdadero principio de autoridad, que consiste en la estricta obrivancia de la ley, ora sea respecto del que manda, ora del que obedece.

Sí, Sr. Exmo. A V. E., por sus no desmentidas ideas progresistas, por los eminentes servicios que ha prestado en la gloriosa y prolongada campaña, en el pueblo ha defendido con heroismo sus santos e inalienables derechos, contra usurpacion mas escandalosa, y la mas brutirania, ha tocado la obra grandiosa de salvar el Estado de México de ese marasmo en que yace, colocándolo en el lugar que por títulos le corresponde.

Sea V. E. bien venido: comoigo le saludamos cordialmente, como cívicos con toda la efusion de nuestros patrióticos sentimientos, y como ciudadanos con el respeto que se debe a la autoridad, pudiendo asegurar, que si V. E. en su tritoria administracion, norma, como lo espéro, sus actos por la ley, porque la ley es la ley es para los verdaderos demócratas la tabla segura de salvamento en la busca política que atravesamos, habrá cobuido de una manera eficaz a la reconstrucion de este grande edificio, derruido por ambicion, por la ignorancia, por el fanatismo y por la inmoralidad. Para esta gloriosa empresa no se

necesita mas que patriotismo, justificacion y fuerza de voluntad: el ejercicio de estas virtudes, harán la felicidad del importante Estado de México.—He dicho.

En seguida tomó la palabra el Sr. presidente del muy ilustre ayuntamiento, C. Lic. Urbano Lechuga, y manifestó:

Exmo. Sr.—La gloriosa revolucion que sostiene los verdaderos derechos de la humanidad ha triunfado en casi toda la República: la mayor parte de sus pueblos disfrutan ya de calma y tranquilidad, que son el fruto de los principios que con abnegacion han defendido los ilustres caudillos que restablecieron el orden constitucional y trabajaron hasta donde sus fuerzas se lo han permitido; resta sin embargo reparar los males que ha causado la guerra ruda y sangrienta en que ha combatido el pueblo para derrocar a sus tiranos. El supremo gobierno de la República sin duda con este objeto nombró a V. E. gobernador del Estado: la tarea es muy difícil, porque la acefalía, en que se encontraban los pueblos que V. E. va a regir, ha producido los trastornos que son consiguientes, sin que haya bastado para evitarlos completamente el patriotismo y laboriosidad de la autoridad política que se encontraba al frente de los negocios, porque sus facultades y medios de accion eran limitados y no podian alcanzar los fines que deseaba ardientemente. Sin embargo, la eleccion que el primer magistrado de la República hizo en la persona de V. E. es acertada. La municipalidad se congratula de tener a la cabeza del Estado a un ciudadano de su suelo que se ha distinguido por sus importantes servicios que ha prestado a la causa del orden, sosteniendo con brillo el fuego sagrado de la libertad, y ruega al Sér Supremo dirija los pasos de V. E. por el sendero de la justicia, para que se logren los objetos que V. E. desea, y su nombre se grave de una manera indeleble en el corazón de nuestros conciudadanos.—Dije.

Seguíó el Sr. director del Instituto Literario, C. Francisco de la Fuente, quien habló en estos términos:

Exmo. Sr.—Encomendado a V. E. por el supremo gobierno de la nacion el alto ministerio de organizar y regir el primero de los Estados de la confederacion mexicana, me complace en felicitarlo cordialmente a nombre del Instituto Literario que tengo el honor de dirigir. Yo me abstengo de recomendar a V. E. un establecimiento sostenido cual débil barquilla en el mar tempestuoso de tantas revoluciones como nos han agitado, porque no dudo que todo el que aspire al título de verdadero liberal, tendrá siempre a la vista esta máxima: "Instruir a los hombres es gobernarlos, es moralizarlos; tenerlos sumergidos en el embrutecimiento, es oprimirlos, es depravarlos."

Eso plantel de educacion es, Sr. Exmo., el único resto de las instituciones liberales que se ha salvado del caos en que se halla hundido el Estado de México, y la paternal proteccion de V. E. para con un establecimiento que encierra las esperanzas de los habitantes de esta importante seccion de nuestra República, os atraerá las simpatias de los que fijan el porvenir de la patria en la instruccion de sus hijos.

Manejó el Sr. administrador de rentas, C. Señor don Arévalo, de esta manera: los empleados del Sr. gobernador de ren-

tas, felicito a V. E. sinceramente por su advenimiento al poder. El Estado de México, que por desgraciados cuanto inevitables acontecimientos ha permanecido acéfalo por mas de cuarenta dias, vuelve hoy a tener a su frente a un ciudadano demócrata por principios, y capaz de conducirlo por la senda del verdadero progreso ó ilustracion. Si los habitantes del Estado desean la reforma, V. E. sin equivocarme, creo que los guiará para obtener los bienes de ella, y si por desgracia la resisten, V. E. sabrá, no lo dudo, con toda la energía de que se halla dotado, plantearla y llevarla a cabo hasta hacer patentes sus beneficios, colocando al Estado de México, de que es hijo, en el lugar que merece entre los de la federacion, ya que no ha sido el menos durante la guerra, en contribuir para el aniquilamiento y destrucion de la tiranía.— Manuel M. Arévalo.

Y aunque hubo otras felicitaciones, no nos ha sido posible recoger.

A todas contesté el señor gobernador del modo siguiente:

Señores: He oído con satisfacion los sentimientos de las autoridades políticas, gefes militares y empleados superiores al encargarme provisionalmente del gobierno del Estado.

Dentro de pocos dias expediré la convocatoria para reunir la legislatura, que debe constituirse según los principios de libertad y reforma, sellados con la sangre de tantos mártires y afianzados por el voto de los pueblos.

Entretanto, trabajaré asiduamente en reorganizar los diversos ramos de la administracion pública, que se hallan desquiciados a consecuencia de la anarquía en que ha quedado sumergido por la guerra civil.

No proveeré ningun empleo en propiedad, para no oponer obstáculos a la administracion que deba sucederme.

Daré interinamente algunas medidas sobre hacienda a fin de zanjar los compromisos en que se halla, y poner término a las exacciones onerosas, que gravitan sobre la propiedad individual.

Crearé un fondo destinado para levantar y sostener fuerzas de policia que persigan a los malhechores y aseguren la vida y la fortuna de los particulares.

Dictaré todas las medidas que crea necesarias para reorganizar y reformar la administracion de justicia, y los demas ramos que reclaman preferentemente la atencion del gobierno.

Respecto de los enemigos de la libertad, es necesario no olvidar que nuestra sangre le pertenece a la República y el porvenir a nuestros hijos.

Trabajemos, señores, con fé y con abnegacion, y ayudados de vuestros esfuerzos, confío en que podremos alcanzar y consolidar la grande obra de la regeneracion del Estado.—Dije.

[La Emancipacion.]

EMANCIPACION RELIGIOSA

Zacatecas, Enero 26. Dando una ojeada rápida a la historia de la humanidad, se le encuentra sometida a la mas terrible influencia sacerdotal; todos los pueblos, a su vez, la han experimentado practicando los ritos de cultos diversos en los que han creído.

vagancia, la crueldad y la estupidez. Los egipcios adoraban en los animales, los persas en el sol y el fuego, y en el antiguo paganismo se halla una nomenclatura de divinidades capaz de satisfacer la mas supersticiosa fantasia: la sangre de las víctimas ha corrido en las aras de los dioses, no excluyéndose de ese sacrificio ni aun la oritura humana, cuyas inmoluciones se ven reproducidas en diversos pueblos.

El primer sentimiento que sin duda hiera la imaginacion del hombre, es el que proviene de ese poder grande é invisible, que hacemos derivar de Dios, cuya fuerza y majestad se desarrolla en todas partes, ora fijemos nuestra vista en el estrellado firmamento, ora la divaguemos en los espacios terrestres, formados de montañas, valles, llanuras, rios, lagos y mares: donde quiera se percibe la huella de una potencia inteligente y soberana, superior a cuanto pueden abarcar las mas atrevidas concepciones de nuestro entendimiento.

Los pueblos en su origen, han debido ser mucho mas accesibles a la idea universal de adoracion a la Divinidad: ignorando todos esos secretos que las ciencias han arrancado a la naturaleza, sin las distracciones que nuestro estado social trae consigo, puestos mas en contacto con el aparato grandioso de un mundo imponente y primitivo, es muy natural que su imaginacion atónita y contemplativa, se fijase con admiracion en cuanto los rodeaba, buscando en cada objeto el símbolo ó el misterio de aquel poder inmenso y maravilloso. Un himno dulce y tierno de gratitud y alabanza, debió elevarse a las regiones celestiales, salido del corazón inocente de los habitantes primitivos; pero en nuestra imperfecta naturaleza, no cabia conservar puro tan sublime sentimiento, del cual se apoderarian mil y mil impostores, constituyéndose en guías, ó mejor dicho, en tiranos de la humanidad.

Vemos luego que unos cuantos hombres, que se llaman sacerdotes ó sabios, monopolizan la religion, haciendo de ella un misterio, y presentándola a los pueblos, bajo ritos grosseros y adecuados a mantenerlos en la ignorancia: el vuelo de las aves, la palpitation de las entrañas de las víctimas y otras supersticiones de ese género, embargaban la atencion de los sacerdotes y los pueblos, allá donde se suponía existir el centro de una civilizacion esplendorosa. Las naciones bárbaras, mas onérgicas y terribles en sus ceremonias, presentaban a Dios la ofrenda palpitante del corazón humano, ó las frias cenizas de las vírgenes, consumidas por el fuego, como una cosa mas preciosa y valudera; como una aspiracion mas positiva y meritoria.

De tales estravíos ningun pueblo ha estado exento, ni aun el pueblo judío, depositario de la idea de la unidad de Dios, pues tambien sacrificó a los ídolos, concluyendo por cometer un decidido en la persona sagrada del Salvador. Esto recuerdo nos conduce al aconte-

cimiento mas fecundo y memorable que se ha verificado en el mundo, al establecimiento del cristianismo.

Existiendo un sistema religioso (el paganismo) protegido por un imperio poderoso que avasallaba la tierra, se presentó el hijo humilde de un carpintero, y asociándose a unas cuantas personas sencillas y oscuras del pueblo, dió principio a una nueva doctrina, que arrollaba con todo lo existente, que combatía las pasiones, que proclamaba la igualdad de condicion de toda la humanidad ante los ojos de su Padre celestial. Los opresores del orbe temblaron ante aquella doctrina, que reputaban sediciosa, y quisieron borrar con sangre el dogma divino y generoso que se abrigaba bajo las catacumbas.

¡Protesiones inútiles, cuando se atravesian los grandes designios de la Providencia! El martirio de millares de cristianos, solo sirvió para afirmar y santificar la doctrina, para estender el celo del apostolado, para llevar la buena nueva hasta los confines mas remotos de la tierra.

¡Quién pudiera dejar oír la pluma en elogio de los progresos indefinidos, que la doctrina evangélica debia hacer, bajo auspicios tan santos, bajo bases tan claras y favorables al género humano! La historia moderna da principio con la venida de Jesucristo, porque en efecto el mundo parecia regenerarse, entrando en un camino de saludable reforma, a la sombra apacible de la fraternidad cristiana: la inteligencia debia emanciparse del error, el esclavo de su desapiadado dueño, y el hombre en general debia sentirse elevado a una esfera de libertad y dicha, protegido por principios tan suaves y benévolos.

No debia sin embargo ser esta, en mucho tiempo, la suerte de la humanidad: el cristianismo apareció como un sol, que derrama sus fulgúres destellos en una atmósfera tenebrosa, de la que saldrían vapores espesos, que ofuscando la luz del astro, le harian perder su claridad y hermosura, aunque permaneciese en el horizonte.

Quedaron las formas del cristianismo; quedó su nombre, su historia; pero envuelto en la pompa y la ostentacion, sujeto a las pasiones y delirios mundanos, y sirviendo de pedestal al orgullo mas estapundo que se ha conocido en todos los anales religiosos.

El obispo de Roma se proclamó vicario de Dios en la tierra: la corona de espinas del Calvario, fué reemplazada con una triple corona adornada de oro y diamantes, y la cruz que sirvió de trono al Salvador, del mundo, quedó sustituida con la soberbia pompa de un soberano, de cuya diestra saldrían rayos fulminantes que abatirían a los reyes y a los pueblos. No solo en ese coloso se concentraría el orgullo humano; cada uno de sus ministros, en la gerarquía sacerdotal, aparecería como un ser invulnerable y privilegiado.—La religion de Mahoma con todos sus comunistas, no llegó a elevar ningun hombre con poder semejante.

del encio. 123. Es preciso decir las cosas tales cuales son, aun cuando el peligro parece inverosímil. Es natural que no sean entre nosotros. Nuestras caracteres romanos son de otro modo. Ese país de azul se funde a los rayos del sol, el alma tiene anques que no conoce; tiene momentos languidez que no serian compatibles con nuevalor. La belleza italiana revela esto: es un tipo vivo, y al propio tiempo afeminado. Athol amaba. Ah por la vigésima vez, y abre con todo su corazón. Era uno de esos seres privilegiados a quien pasion satisfecha no le bastaba, y para ser cada copa nueva observa el perfume de la primera amatoria. Pero el amor que experimentaba, diferia mucho de todos sus amores. Miraba desde abajo; admiraba, respetaba. Esa locura de poeta, esa hojilla de rosa, perdida y reconquistada, nos lo ha mostrado tal cual era. Si somos terrible y sangriento algun dia, acónonos de la hoja de esa. Athol no viajaba frecuentemente en la humilde carrera de los postales con su maleta y su

126 Los Compañeros. —Sí! pensaba él, con la mirada fija en ese papel cuyos caracteres adivinaba más bien que leía; sí! fué castigado! . . . crnelmente castigado! . . . y el castigo tocó tambien a la madre dichosa que oia la víspera aún, la charla deliciosa de sus dos hijos. . . . Pero, qué castigo hay, pues, reservado para los culpables, si los santos sufren así? " . . . Pido perdon a mi primogénito;—cántime nante el escrito de Monteleone;—si por un instante hemos dejado de llamarlo, contemplando las dos nuevas cunas. . . . Lo reconozco aquo solemnemente por mi hijo mayor, Mario, conde de Monteleone. . . . En caso de que el cielo le haya conservado la vida, le doy la tutela de mi viuda, su madre, y de mis dos queridos hijos, su hermano y su hermana. " Aquel a quien Dios tenga reservado el cuidado de mi última voluntad, hallará en el lugar indicado en seguida, lo que tengo de mas caro en el mundo: la fortuna y el secreto de Monteleone; el porvenir entero de su raza. . . . " Seguía la súplica de hacer llegar a manos de un servidor fiel, llamado Manuel—en caso sobre todo, de que no pudieran cumplirse personalmente las prescripciones del testamento—una

del Silencio. 127. carta cerrada, que estaba unida al escrito principal. Luego veni en algunas indicaciones tranquilas, precisas y que demostraban cuánta libertad de espíritu conservaba Monteleone en aquella hora suprema. Athol contempló el papel mucho tiempo después de que hubo terminado la lectura. —Para escaparme del calabozo en donde murió Monteleone, murmuró, tuve que dejar girones de mi propia carne, entre las rejas de hierro. . . . pero no dejé este papel. . . . Y sin embargo, si las gentes de allá arriba nos ven, el maestro debe decirlo: En qué manos ha caído mi secreto! . . . Este ha dormido siete años! Su cabeza ardiendo, se apoyó contra su mano. —Siete años! repitió. Era yo un niño, y no sabia nada! . . . He aprendido después. . . . ya sabré ahora vestirme de las armas misteriosas que acompañan a este escrito. Se irguió, y concluyó con un tono firme: —No te quejes, maestro, mi camino es el tuyo! Si he tardado, yo sabré reparar el tiempo perdido. Soy ambicioso, y amo: quiero elevarme. . . . Que me eleva, gracias a tí; y tu hijo y tu hija, si viven, tendrán un tutor, y tu mujer un caballero. . . . Me apodero de esta parte